

LA ACADEMIA, ORGANO CONSULTIVO DEL GOBIERNO DE LA NACION

Así fue decidido por el Presidente Francisco I. Madero en el año de 1912. Pero desde entonces ello constituyó más apelativo simbólico y honorífico que colaboración rectora en graves asuntos de la medicina nacional; fue la excepción y no la regla y en todo caso, esporádica la consulta a nuestra institución.

Estamos ahora, en cambio, ante una nueva responsabilidad. Aquella vieja distinción nos ha llevado a participar en tarea continua y fecunda; reciente acuerdo presidencial dispone que la Academia Nacional de Medicina, representada por su presidente, forme parte del Consejo de Salubridad General de la República.

Con esta disposición florece un nuevo concepto, el de la institucionalidad de la medicina, partícipe en la tarea de promover la salud de la colectividad. Nuestros voceros tendrán allí la oportunidad de exponer juicios o conceptos cuidadosamente elaborados por grupos colegiados cuyo empeño será informar, con doctrina y experiencia, las decisiones de la autoridad política, lo cual significa poner el pensamiento académico, de noble y generosa estirpe, al lado del acto político concebido en no menos glorioso pasado, como lo que era entonces benéfico para *la polis*, equivalente de lo que hoy es apropiado al estado moderno.

Sería un grave error recibir este cambio en la función consultiva de la Corporación con la actitud de quien simplemente obtiene merecido reconocimiento, o bien infatuarse como el dómine cuyo auditorio crece o mejora su calidad; o peor todavía, adoptar la indiferencia de quienes no conceden valor a lo que altera su pasiva comodidad.

Ahora la responsabilidad de la Academia es mayor y exige nuevos esfuerzos y renovadas actitudes de sus miembros; puede ser excelente nuestro desempeño individual y de calidad indiscutible la actividad profesional de cada uno, pero ello no basta. Tampoco es verdad que lo colectivo de la medicina sea igual a la simple suma de todos los aspectos individuales de ella.

Cada día hay nuevos testimonios de que lo social, lo político de la medicina —en el más noble sentido— es algo difícil de lograr y también muy difícil de definir y estructurar, porque debe ser hecho a la medida de cada pueblo y de sus más entrañables necesidades.

Por todo ello, esforcémonos en contribuir con lo mejor de las tradiciones académicas de estudio y empeño; mantengámonos conscientes de las nuevas circunstancias lo mismo que de los viejos y lacerantes problemas de nuestra colectividad, aquellos que la medicina no podrá resolver nunca luchando sola, en vez de establecer comprensión y comunidad de propósitos entre sus propios fines y los deberes políticos del gobernante.

Respondamos pues a esta excelente oferta como si ella fuera un reto a nuestra capacidad de aportar los mejores hechos y las más certeras perspectivas para empezar a construir el futuro de una medicina que habrá de ser más eficaz y más acorde con los nuevos anhelos humanos.

RUBÉN VASCONCELOS
